

migo y no tienen que comer. Y si los envío ayunos á sus casas, desfallecerán en el camino; pues algunos de ellos han venido de lejos. Respondiéronle sus discípulos: ¿Cómo podrá nadie hartar á estos de pan aquí en el desierto? Y les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Respondieron: Siete. Entonces mandó á las gentes que se recostasen en tierra. Y tomando las siete panes, dando gracias, los partió, y dábaseles á sus discípulos para que los distribuyesen entre la gente, y los distribuyeron. Tenían tambien algunos pececillos, bendijolos asimismo y mandó distribuirlos. Y comieron hasta saciarse, y de las sobras recogieron siete espuertas. Siendo al pié de cuatro mil hombres los que habian comido; en seguida Jesús los despidió.

CAPITULO VII.

MANDA JESUS A SUS DISCÍPULOS QUE SE GUARDEN DE LA MALA LEVADURA; DA VISTA A UN CIEGO EN EL CAMINO DE BETHSaida; Y HABIENDO LLEGADO A CESAREA DE FILIPPO, ELOGIA Y PREMIA LA FE DE SAN PEDRO Y EXHORTA A SUS DISCÍPULOS A QUE LE SIGAN E IMITEN LOS EJEMPLOS DE SU PASTOR.

Hemos dicho al fin del anterior capítulo, que habiendo llegado el Señor á los llanos de *Magdala* ó *Mageda*, se le presentaron una comparsa de fariseos y saduceos para tentarle, pidiéndole, como ya lo habian hecho en otras ocasiones, que les hiciere ver algun nuevo signo ó señal del cielo. Es de advertir que los saduceos, como tambien dijimos, eran una generacion de incrédulos enteramente contrarios á la ley de Moisés. Eran una de las cuatro sectas principales que habia entre los judíos; hacian poco ó ningun caso de las tradiciones de los antiguos, que tanto apreciaban los fariseos, y se atenan, como los *caraitas*, á la letra de la Escritura. Negaban la inmortalidad del alma, la resurreccion de nuestros cuerpos, la existencia de los espíritus. Como creían que toda la recompensa de los buenos consistia en dichas y felicidades que disfrutaban sobre la

tierra, despreciando cuanto habian oido predicar al Señor sobre los goces de la bienaventuranza eterna, y para convencerle de impostor si resistia sus exigencias, enseñando después con toda seguridad verdadera la doctrina que ellos profesaban, le dijeron: Vuestros milagros, y todas las grandes curas que hasta aquí os hemos visto obrar, no son testimonios suficientes para adquirir los títulos que os atribuis y los derechos que os abrogais: es preciso pues que cerreis la boca á la calumnia y á la maledicencia, y que obreis portentos y milagros en otra esfera mas propia de la Divinidad. Hacednos ver un prodigio en el cielo, y en este caso no solo creeremos nosotros en vos, sino que tambien enseñaremos á nuestros discípulos y les mandaremos que os crean y que os tengan como un hombre venido del cielo. No era el celo de la gloria y de la grandeza del Señor lo que á estos hombres animaba, sino el deseo de desacreditarle é infamarle para decir que su poder no igualaba al de los antiguos profetas.

Es de advertir que muchos de los escribas y fariseos, olvidando el estudio de la ley y los profetas, que era lo que mas les interesaba para gobernar é instruir bien al pueblo, se dedicaban al de la astrología; y así es que hasta hoy se ven entre los judíos, y particularmente en la clase de los rabinos, muchos grandes astrólogos; porque por el exámen y consideracion de los astros quieren venir en conocimiento del principio de las leyes y sectas, á ver si por este medio pueden llegar á conocer el tiempo de la venida de Cristo y el principio de nueva ley; lo que es absolutamente imposible, porque á esto no se extiende la virtud ni la influencia de los astros, aunque sea cierto que por ellos se alcanza la futura disposicion de los tiempos, como la lluvia, la nieve, la ventisca, el calor ó el frio, ú otras cosas semejantes ó equivalentes. Y para conocer sobre todo con toda certeza si era el Cristo prometido en la ley, le pedian del cielo una señal de majestad y omnipotencia, como lluvias, rayos ó centellas, ó que hiciera bajar por mucho tiempo el maná de lo alto, como en tiempo de Moisés, ó que hiciera parar el sol en medio de su carrera, como en los de Josué, ó que le hiciera retroceder, como en los de Isaías, ó que, en fin, hiciera que bajase fuego de lo alto, como lo hizo Elías; mas no pudiendo oír el Señor semejante ruego sin gemir amargamente sobre la incredulidad de donde nacia, les dijo:

Vosotros, que os preciais de adivinos y sois tan hábiles en conjeturas, ¿venís ahora á pedirme nuevas pruebas de mi mision? Vosotros, que cuando aparece por la tarde el cielo arbolado, afirmáis que será bueno el dia siguiente, y que cuando por la mañana aparecen las nubes rojas luego augurias que habrá tempestad en el dia; vosotros, ¡oh hipócritas! que juzgais solamente por el color del cielo qué tiempo hará, ¿no podeis conocer por las señales manifiestas que veis todos los dias, que estais en la plenitud de los tiempos y que vino ya el Mesías? Grande es vuestra ignorancia y mayor es vuestra malicia. Vosotros os haceis los ciegos y los sordos por no recibir aquel que con sus beneficios obliga á todo el mundo, y cometeis una especie de adulterio, excluyendo el esposo legítimo de vuestra casa y compañía para entregaros á otro y violar así la fe que se le debe. ¡Ah! si: vuestros procederes son de una generacion perversa y adúltera, enemiga de la verdad. En vano pide y en vano se queja; no tendrá otra señal que aquella que se manifestó en la persona del profeta Jonás: Estudie si quiere este prodigio antiguo, y entonces verá por el modo de portarse conmigo, la razon con que hoy exige de mí milagros en el cielo.

Ofendieronse altamente los fariseos de la respuesta de Jesús; pero el Salvador, que queria manifestarles aun con la mayor extension la mala fe de su demanda, se alejó con presteza de su vista; y como ya habia hecho en este país lo que convenia á las exigencias de su mision, pasó otra vez el mar con sus apóstoles y fué á abordar á las riberas de la costa oriental de Tiberiades. Como la órden para el embarque se dió con tanta precipitacion, se olvidaron los discípulos de hacer las provisiones necesarias, y al desembarcar se hallaron solo con un pan dentro de la nave. No se le ocultaba esto al Maestro divino; pero sus discípulos, que solo tenian presente lo importuno de la visita que acababa de despachar, y que deseaban libertarle de aquella, no se acordaron de su propio alimento; y como para advertirles su descuido, al saltar á tierra les dijo: En cuanto podais y esté de vuestra parte, procurad, discípulos míos, guardaros y preveniros contra la levadura de los fariseos, herodianos y saduceos. Los discípulos, que aun no eran bastante simples y groseros, entendieron la levadura en sentido material contra la intencion de su

Maestro, no pensando en otra cosa mas que en el pan que se habian olvidado de llevar consigo. El Salvador queria instruirles que se guardasen de tres especies de levadura muy dañosa á su salud eterna, á saber: de la de la hipocresía y avaricia, que era la de los fariseos; de la de la falsa doctrina, propia de los saduceos; y de la de la ambicion y orgullo, que era la de Herodes y su corte. Mas ellos no cayeron en el sentido moral de aquellas palabras, y tomándolas en el usual y ordinario con la ocasion de la levadura, se acordaron que se habian olvidado de echar pan, y se decian unos á otros: ¿Qué haremos en este país sin pan para alimentarnos, cuando el Maestro no quiere lo compremos de ninguna de las sectas que en él habitan? Este descuido les causaba bastante inquietud, y el lance en que se encontraban les hacia, no solo embarazosa una determinacion, sino casi imposible.

El Salvador, que conocia fijamente la zozobra en que se hallaban, que penetraba sus mas ocultos pensamientos con la benignidad que le era propia, mezclada empero con algun aire de descontento, les dijo: ¿Qué tristeza es esa que os agobia porque os falta pan? ¿Con qué motivo las pocas palabras que os he hablado han podido introducir en vuestro pecho tanta inquietud y desasosiego? ¿A dónde está vuestra fe? Parece que no teneis ni entendimiento para conocer, ni memoria para acordaros, ni discurso para raciocinar, y que como hombres sin razon os dejais guiar de los sentidos; que teniendo ojos no veis, y teniendo oidos no percibís cosa alguna, y así dais á entender que, después de tanto tiempo que os amaneció la luz, aun estais en tinieblas. ¿No teneis presente que en vuestra presencia multipliqué un dia de tal manera cinco panes, que bastaron para alimentar cinco mil personas? Decid pues, ¿cuántas canastas recogisteis de sobras? Y cuando ahora han comido recientemente cinco mil hombres de siete panes, ¿cuántas habeis recogido? Y habiéndole respondido que siete, prosiguió diciéndoles: ¿Cómo pues no entendeis el sentido en que os hablo? ¿Pensais que mi asunto es el pan ordinario que sirve para alimentar al cuerpo? Sabed pues que este no os faltará mientras yo estuviere con vosotros. Yo os hablo, discípulos míos, de una levadura que corrompe el espíritu y estraga el corazon; esto es, de la levadura de los fariseos, saduceos

y de otros, de la cual quiero que os guardéis como de un mortal veneno.

A estos términos fué preciso reducir la conversacion para abrir los ojos á los apóstoles. Después de tanto tiempo como conversaban familiarmente con el Señor, todavía no habian aprendido á distinguir lo que en sus conversaciones era de un estilo comun y familiar, de lo que eran ciertas palabras que, pronunciadas después de algun grande acontecimiento, encerraban una doctrina sobrenatural y divina. Así entendieron que el soberano Maestro no les echaba en rostro el descuido que habian tenido de llevar consigo el pan necesario para su camino, ni tampoco les vedaba comer pan con levadura como lo habian creído al principio, sino que todo su designio era apartarlos de la dañosa doctrina y de las perniciosas máximas con que aquellas sectas inficionaban la Judea.

Los padres y doctores de la Iglesia dicen con graves fundamentos, que por disposicion divina pudieron ser muchas las causas por las que se olvidaron los apóstoles de embarcar consigo provisiones ó víveres. La primera, porque no queria el Señor que tuviesen mucha solicitud para el dia de mañana. La segunda, para que abandonasen al socorro de los padres las siete espuelas de fragmentos que habian recogido. Y la tercera, porque queria el Señor que tuviesen enteramente depositada en él su confianza; pues vistos los milagros que habia obrado, debian estar firmemente persuadidos que nada habia de faltarles. El venerable Beda [1] añade una cuarta razon, y es la de que queria su Majestad que probasen la dulzura interior que causaba en su corazon tener en su compañía el único y verdadero pan, que tiene, reune y conserva en sí el sabor y el deleite de todos los manjares, á fin de que atraídos de su suavidad y dulzura cuidasen menos del pan exterior. Por lo que añade: Un pan solo que tenian en la nave significaba místicamente el mismo Señor Salvador nuestro, pan de la vida eterna, con cuyo amor, fortalecidos siempre interiormente en su corazon, cuidaban menos del pan terreno con que acostumbraban alimentar su cuerpo. Manifiéstase con esto el fervor y el deseo de la celestial doctrina y el me-

[1] Ven. Bed. in cap. 8 Marci.

nosprecio de las delicias del mundo de que estaban poseidos los apóstoles, cuando se ve tan patente el poco cuidado que tenían aun de las cosas mas necesarias para la vida; así como tambien se demuestra cuán inseparablemente vivían unidos con Jesucristo, cuánto se gozaban con su amable presencia, y cuánto sentían separarse de él ni aun por un instante; pues al imperio de su voz entraron en el barquichuelo, olvidando enteramente los preparativos para el camino. Y san Crisóstomo añade [1]: Tan aprisionados estaban con el amor de su Maestro, que ni un solo instante querían apartarse de él. Tan lejos estaban de los deleites y apetitos de la tierra, que todo lo despreciaban por estar siempre con Aquel sin cuyo auxilio la humana fragilidad no puede subsistir. Poseyendo á Jesús, que es la verdadera alegría y la perfecta posesion de todas las virtudes, ninguna solicitud ó afán los afligia, ninguna pena los entristecia, ni nada bastaba para destruir el gozo interior que sentían. Y no pudiendo disfrutar de esta paz y gozo interior los fariseos, saduceos y herodianos, por los muchos y reprehensibles vicios que los dominaban, por esto les dijo el Salvador que se guardasen de su levadura, cuya acritud penetra y hace fermentar toda la masa.

Verificaron su travesía por los mares los apóstoles acompañados de su Maestro divino, mientras duró esta tan provechosa instrucción; y avanzando mas y mas llegaron al puerto de Bethsaida, que era el término de su navegacion. En esta ciudad habia ya predicado otra vez el Señor y obrado distintos milagros en ella, por cuya razon solamente queria pasar por sus inmediaciones; mas al tiempo que las atravesaba con sus apóstoles, fué conocido y detenido por la muchedumbre. Rodeáronle como queriendo conseguir de su Majestad un nuevo milagro; y no dudando que podia hacerlo, presentaronle un ciego, contentándose con suplicarle que solamente lo tocara, firmemente persuadidos de que tendria el suceso el resultado feliz que se prometia. El infeliz era uno de los mendicantes extranjeros de aquellas cercanías, que iban de vez en cuando á pedir limosna á los judíos; por lo que es muy verosímil que fuese gentil, puesto que no quiso curarlo el Salvador en presencia de aquellos

[1] Div. Crisostom. Hom. 54 in Math.

mismos que por él habian rogado; pues encaprichados como estaban con la soberbia natural de su nacion, se hubieran escandalizado al ver que atendía á un hombre que no era de la sangre de Jacob.

Atento el Señor á derramar sus misericordias, no solo á los descendientes de Israel, sino tambien á todos los gentiles, puesto que habia venido al mundo para salvar á los unos y á los otros, no se hizo de rogar mucho para consolar al infeliz que se le habia presentado, aunque él no esperaba por entonces encontrar la vista que no tenia; y así tomándole al punto de la mano, lo sacó fuera de la poblacion, untóle con saliva los ojos y preguntó en seguida si percibia alguna cosa y cómo distinguía los objetos. Abrió el ciego los ojos, y extendiendo cuanto pudo la vista, respondió: Que veía andar los hombres; pero que se le representaban como árboles, efecto de la debilidad de sus pupilas; por lo que solo podia con gran dificultad distinguir el movimiento de los que pasaban. No dudaba Jesús el estado en que se hallaba la cura, pero no quiso hacerla sino por partes, ya fuese para probar la confianza del enfermo, que no se habia presentado por sí mismo á buscar la salud, ó ya fuese para que su gozo se aumentase como por grados, á fin de que su inesperada curacion no perjudicase notablemente su salud á consecuencia de su excesiva alegría. Mas el misericordiosísimo Médico no queria dejar imperfecta la curacion de aquel hombre desdichado; púsole otra vez su mano divina sobre sus propios ojos y empezó á ver con toda claridad y distincion, no solo las personas, sino tambien los mas pequeños objetos. Entonces le dijo el Señor: Marcha á tu casa por el camino mas derecho; y si acaso vuelves á entrar en Bethsaida, á nadie digas lo que acabo de hacer en tu favor. Este mandamiento de Jesús al ciego curado nos da suficiente motivo para conjeturar al menos que no era de los habitadores de la ciudad ni de los descendientes de Jacob. El Evangelio no dice si fué su Majestad obedecido en esta ocasion, ó si fué como en otras muchas en que los agraciados atendieron mas á los afectos de su reconocimiento que á las órdenes de su Bienhechor.

Después que su Majestad hubo usado de su caridad asombrosa en vez de aquel infeliz, continuó su camino y fué á visitar los lugares, aldeas y castillos de la dependencia de Cesarea de Filipo, cu-

ya plaza estaba situada en los confines de la Judea á la falda de monte Libano, no lejos del nacimiento del rio Jordan, donde se mojonaba y hacia division entre la tierra de los judíos y de los gentiles. Esta era la antigua ciudad de *Paneas*, que se habia dado al César, por cuya razon se llamaba *Cesarea*, en honor del emperador romano, y se añadía de *Filippo*, en honor del hermano de Herodes, tetrarca de Iturea y de la Traconitide. A la parte superior de esta ciudad, y en el declive del monte Libano, nacen las dos preciosas fuentes de *Yor* y de *Dan*, que reuniéndose después á la parte inferior de la misma, forman el rio Jordan, el que después de largos rodeos entra en el mar de Galilea corriendo por muy cerca de la ciudad de *Corozain*. Era conocida esta *Cesarea* con el nombre de *Filippo*, para diferenciarla de otra *Cesarea* de Palestina, donde es fama que vivió el centurion *Cornelio*, y de otra *Cesarea*, metrópoli de *Capadocia*, que está enclavada en la region de *Turquia*. En *Cesarea* de *Filippo* y en sus confines habitaban una porcion de gentiles; y como Cristo quiso revelar tambien el misterio de su Encarnacion en este lugar, se demuestra por ello que otro de los fundamentos de la Iglesia está fundado en la fe de los gentiles. Por último, en esta ciudad, que linda por la parte del Septentrion con la region de los gentiles fenicios y del término de la Judea, á la que se llevaban todos los tributos como á una capital de provincia, y en la que se dice que se verificó la descripcion universal de todo el orbe en tiempos de César Augusto, quiso el Señor que se pagase el tributo de la fe al Rey de los reyes y Señor de los señores, ya que en ellas se pagaba tambien el censo ó tributo material al emperador de la tierra.

No hay duda que por todas estas consideraciones era célebre la *Cesarea* de *Filippo*, pero le faltaba el titulo que le habia de darla la mayor celebridad; y así, al acercarse á ella el Señor, se retiró á un paraje secreto, llevando solo consigo á sus apóstoles, y aun se apartó de ellos para hacer oracion, segun la costumbre que observaba siempre de no hacer cosa grande y decisiva en el ejercicio de su ministerio, hasta haber pasado largo tiempo en comunicacion intima con su Padre celestial. El pueblo que se le habia juntado en el camino lo esperaba en la campiña, y sus discípulos, mas cerca de su

persona, lo observaban con respetuoso silencio. San Márcos observa [1] que esta conferencia de Jesús con sus discípulos fué, no dentro de los muros de la ciudad, sino en medio del campo, donde no hay cosa que estreche ó ponga limite, sin duda para manifestar que la confesion que Pedro hizo en aquel lugar no habia de ser constreñida ni limitada á un solo pueblo como la antigua ley, sino que habia de extenderse á todos los reinos y naciones hasta los últimos términos de la tierra.

Acabada por el Señor la oracion juntóse con sus discípulos, y caminando poco á poco con ellos, les preguntó por modo de conversacion, ¿qué se decía de su persona en el mundo? Como quien dice: A vosotros os hablarán mas libremente qué á mí; vosotros oís los discursos de los hombres y se explicarán con vosotros sobre el Maestro á quien seguís. Decidme pues: ¿Cómo es mirado el Hijo del hombre por las turbas que les siguen? ¿Qué se dice de mí entre los judíos y entre los gentiles? El que es infinitamente sabio no podia preguntar para aprender, sino para darse mas á conocer; con lo que dió el Señor á todos una leccion práctica del cuidado prudente que debemos tener por la conservacion de nuestro buen nombre, no sintiéndonos de cualquiera pequeñez que se diga de nosotros, sino procurando vivir de manera que no la digan con causa. Por lo que decía el apóstol que procuraba vivir bien, no solo delante de Dios, sino delante de los hombres [2]. Y aunque en otra parte parece no estimar los juicios del mundo, contentándose con el testimonio de la buena conciencia, no favorece con esto á los que no hacen caso de lo que dicen los hombres. Porque aunque no se han de estimar los juicios de estos cuando la conciencia da testimonio de que se hace lo que se debe y no es licito dejar, con todo, se ha de tener cuenta para no dar motivo á que nos juzguen sin causa [3]. Esta es una de las principales razones que tenia san Gregorio para decir [4]: Que se ha de tener miedo y reverencia á los juicios de los buenos, porque son miembros de Dios y no reprenden en

[1] Div. Marc. cap. 8, v. 8.

[2] Div. Paul. Ep. 2.^a ad Corinth. cap. 4, v. 21.

[3] Idem. Ep. 1.^a ad Corinth. cap. 4, v. 3.

[4] Div. Gregor. Hom. 9 in cap. 2 Ezechiel. II. moiscen. vii. 3.

la tierra sino lo que Dios condena en el cielo. La detraccion empero de los malos es aprobacion de nuestra vida, porque entonces parece que hay en nosotros alguna cosa buena cuando nuestra vida desagrada á los que no agradan á Dios.

Adviértase que Jesucristo preguntaba á los apóstoles quién dicen las gentes que es el Hijo del hombre, y no dice, quién dicen que es el Hijo de Dios; para confundir la soberbia de aquellos que cuando han de darse á conocer empiezan por los títulos de mayor dignidad, despreciando los de la humildad, que son los que mas enaltecen al hombre. Segun san Gerónimo [1], no dice quién dicen los hombres que soy yo, para huir todo pensamiento de vanidad y jactancia, no fuese cosa que creyesen sus discípulos que conservaba en su corazon el orgullo mundanal que habia venido á condenar; y san Crisóstomo añade [2]: Dice el Hijo del hombre, porque quiere que se crea en la dispensacion del misterio de la Encarnacion, á cuya confesion quiere inducir los discípulos; los que con aquella simplicidad que les era propia respondieron al Maestro divino: Unos dicen que sois *Juan Bautista*, otros que sois *Elias*, otros que sois *Jeremias*, y otros finalmente, que sois alguno de los profetas. Todas estas creencias tenian entre los judíos sus motivos de apoyo. Creyendo algunos en el error de los pitagóricos, á saber, que las almas pasaban de uno á otro cuerpo, creyeron que el Bautista á quien Herodes habia mandado degollar, habia resucitado y se presentaba con el nombre y persona de Jesús. Otros, viendo el celo que tenia de la ley, decian que era Elias. Y los que le habian visto llorar sobre la ciudad de Jerusalem profetizando su asolamiento y destruccion, le tenian por Jeremias. Así pensaba el vulgo de la persona de Jesús, confundiéndole con otros profetas, que aunque santos, no eran al cabo sino puras criaturas.

Jesús empero, que deseaba oír y saber de la boca de sus apóstoles el juicio que ellos particularmente formaban de su persona, les dijo: ¿Y vosotros qué partido tomais en tan diferentes opiniones? ¿Quién decís que soy? Esta era la principal pregunta; las otras solamente habian sido preparacion para ella. Pedro, que en la célebre

[1] Div. Hieronim. in cap. 16 Math.

[2] Div. Crisostom. Hom. 55 in Math.

conferencia de Cafarnaum sobre la divinidad de Cristo y sobre la Eucaristía, tomaba siempre por el primero la palabra y se hacia cargo de responder; tomóla ahora tambien, y con respetuosa sumision contestó á Jesús y le dijo: *Vos sois el Cristo de Dios, vos sois el Mesias prometido, vos sois el Hijo de Dios vivo*. Admirable confesion de fe que mereció los mas bellos elogios y á la que siguieron los mas magníficos premios. Preguntó Cristo y no se paró en el juicio errado de los ignorantes del mundo, sino que buscó la resolucion de los sabios y buenos que eran los apóstoles. Habiales dado un gran conocimiento de sus atributos, y les habia hecho muchísimas mercedes; por esto les pidió una confesion altísima de su divinidad, porque es su conducta ordinaria pedir mucho al que mucho da; y como les habia dado grandes luces y conocimientos, les exigió una confesion mas sincera y mas alta. *Tú eres Cristo, le contestó Pedro*; esto es, *Ungido*, de quien dice David [1]: Que habia de serlo con uncion de alegría sobre todos sus partioneros; y así confesó su humanidad, en la que le confesó unguido con el óleo santo de la gracia sobre los demás hombres. Tú eres Hijo de Dios vivo, no adoptivo como los demás, sino natural y eterno, igual en todo á su Padre; que fué como decir: Tú eres el Mesias esperado y suspirado por tantos siglos, el cual en la humana naturaleza que tomó, habia de ser unguido con uncion espiritual como rey y sacerdote, segun la costumbre de la antigua ley; y este nombre de Hijo de Dios le viene de nacimiento y de linaje, porque nace con él y en él; y para llamarse igual al que le engendró, no necesita mendigar ni tomar nada de nadie [2]. Porque no se hizo Hijo de Dios cuando se hizo Hijo de la Virgen, ó al tiempo que sus entrañas virginales, nació para dar luz al mundo. Era Hijo de Dios desde la eternidad, antes que fuese ni resplandeciese el sol, cuando no habian comenzado los siglos. Lo que dijo después san Pablo escribiendo á los hebreos [3]: Hizole Dios tanto mayor que los ángeles, cuanto por herencia alcanzó sobre ellos un nombre diferente.

[1] Psal. 61, v. 2.

[2] Div. Paul. Ep. ad Philipp. cap. 2, v. 6.

[3] Id. ad Hebre. cap. 4, v. 5.

Porque ¡a cuál de los ángeles dijo: Tú eres mi Hijo, yo te engendré hoy?

Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, continuó Jesús, *porque no es la carne ni la sangre la que te ha revelado esas verdades tan sublimes, sino mi Padre celestial que está en los cielos*. Lo que fué decirle: La convicción que tienes y la profesión que haces de creer que yo soy Hijo de Dios, no es obra de una inclinación natural y de una adhesión puramente humana, sino que es el fruto de la luz que has recibido de mi Padre celestial: él es el que ha hecho que me conozcas, y el que te da fervor y aliento para publicarlo. A la fe corresponde como premio la visión de Dios, queriendo el Señor, que quien por su autoridad cree lo que no ve, sea galardonado con ver lo que creía. Y así fué que no habiendo heredado Pedro de su padre Juan el conocimiento del Hijo de Dios, ni habiéndole recibido por los medios humanos, le descubrió Jesús que lo había recibido de su Padre celestial, cuya manifestación le hizo ver con claridad aquello mismo que él ya creía, que era la verdadera persona del Hijo de Dios en la de Jesucristo, su divino Maestro.

A la singular confesión de Pedro siguió el mas excelente elogio que de él hizo Jesucristo. Pedro enseñó á los apóstoles quién era Jesús, y este enseñó á Pedro quién era él, para lo que lo tenía destinado, y quiénes en representación de su persona habían de ser todos sus sucesores. Pedro dijo á Jesús: Tú eres el Hijo de Dios; y el Señor le replicó: Para que te convenzas de que soy el mismo que has dicho y confesado. Yo te digo á tí: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*. En otra ocasión, que fué la primera que Jesucristo vió á san Pedro, el que tenía por nombre Simon, ya le dijo que se había de llamar *Sephas*, vos siríaca que significa piedra. Mas en esta ocasión declaró el sentido altísimo que encerró en aquella palabra, manifestando que lo tenía escogido para piedra fundamental de su Iglesia, lo cual fué señal cierta de que en lo secreto del alma le infundía un don de firmeza, de amor y de fe para con Cristo, cual correspondía á la altura de esta dignidad. Este era ún-

nombre misterioso, en el cual está envuelta la prerogativa de Arquitecto y supremo Pastor de su Iglesia. La Iglesia es la gran casa de Dios; edificóla Jesucristo cuando la fundó, y la edifican los apóstoles y profetas, los evangelistas y los demás ministros suyos cuando la atraen nuevos miembros ó apacientan y gobiernan á los que están ya incorporados en ella con el pan de la doctrina santa [1]. Solo la Iglesia edificada sobre Pedro es la cristiana, la católica, la visible, la que posee la *cátedra de la unidad, la doctrina de la verdad y la vida de la caridad*. No cabe en ella la idolatría que destruye la unidad, ni la herejía que hace guerra á la verdad, ni el cisma que se opone á la caridad. Solos los que pertenecen á esta casa son el edificio de Dios [2]. El que no va fundado sobre el cimiento de ella, será arrancado por el huracán del error, ó arrebatado por las lluvias y avenidas funestas del cisma. No quiere pertenecer al cuerpo místico de Cristo el que á Pedro no mira como á un vicario suyo y como á cabeza visible de este cuerpo en la tierra.

Este nombre fué como el signo del celo é intrepidez que siempre tuvo Pedro para adelantarse en todo lo que parecía tocar á la honra y al descanso de su Maestro. Fué el indicio inequívoco de la firmeza del amor con que había de amar al Maestro, en cuya correspondencia le encargó el Pastor supremo el apacentamiento de sus ovejas. Y fué en fin la concesión del privilegio exclusivo de que después de su Maestro sería él la piedra angular sobre la cual pondría el edificio grande, del cual sería el propio Jesucristo á un mismo tiempo *piedra angular, primer fundamento y Arquitecto divino*: que toda piedra que no se ajustase con la fundamental, colocada por la mano de Jesucristo, sería desechada de la fábrica del edificio y no entraría en su economía, y que la trabazón y union inseparable de todas las partes con esta piedra principal, resultaría al edificio la solidez, y recibiría eterna duración. Perpetua es la firmeza de la Iglesia de Cristo. Necesidad es la ciencia de los que persiguen la verdad; flaqueza el poder de los que encarcelan, y que-

[1] Id. ad Ephes. cap. 4, vs. 11 et 12.

[2] Id. 1.º ad Corinth. cap. v. 9.

man, y desuartizan á sus defensores. No puede ser destruida la que es guardada y protegida por el brazo de Dios hasta la consumacion de los siglos. No flaquea la fortaleza, ni yerra la verdad, ni peca la santidad; combatida es la Iglesia, pero no vencida.

Después de esta tan magnífica y consoladora promesa, que nos da una idea tan relevante de la persona de Pedro, pasa el Señor á otra comparacion no menos grandiosa, por la que declara cuál será su poder en el gobierno de la misma Iglesia, mirada como una sociedad y congregacion de los fieles, sujetos á su gobierno y conducta. *Yo te daré, le dijo, las llaves del reino de los cielos. Todo cuanto atares sobre la tierra, será tambien atado en el cielo; y todo cuanto desatares sobre la tierra, será tambien desatado en el cielo.* Cuando le llamó piedra fundamental de su Iglesia, y dijo que contra ella se estrellaria todo el poder del infierno, representó la debilidad de todos los enemigos de la Iglesia que nada habian de poder contra la fe de los verdaderos creyentes; por lo que, *por las puertas del infierno* entiende san Epifanio los herejes, san Ambrosio los vicios, Orígenes lo uno y lo otro, y Teofilacto los perseguidores de la misma Iglesia; al mismo tiempo que quiso demostrar tambien que esta casa, ó mas bien baluarte inexpugnable, que el mas sabio arquitecto fundó, no sobre la arena movediza, sino sobre la peña incontrastable de la fe; no seria derrocada ni por las avenidas de los vicios, ni por los aguaceros de las herejías, ni por los torbellinos de las persecuciones, aunque contra ella se adunen todas las fuerzas coligadas del infierno; pero cuando le da un poder tan amplio y extenso que ata y desata en la tierra y en el cielo, se lo da tambien, no hay duda, sobre todas las fuerzas reunidas del infierno.

Antes de entrar en el exámen de las preeminencias que por estas tan particulares y distinguidas consideraciones concedió Jesucristo á san Pedro, conviene no olvidar, que antes que se obrae por el Salvador divino el misterio de nuestra redencion, estaba cerrado el reino de los cielos, y lo estaba con la invencible puerta que puso Dios á consecuencia de la culpa del primer prevaricador. Encerrados estaban allí los ángeles, y solo venian al mundo cuando les enviaba el Señor á particulares misterios; pero aquel camino era oculto

y no trillado por alguno de los hijos de Adán. Por santo que fuese hallado alguno en su muerte, bajaba su alma al *limbo*, que era el depósito donde debian esperar hasta la venida del Salvador, que de allí habia de sacarlas; pero abierto el cielo con la muerte de aquel, y levantado el edificio espiritual de esta nueva Iglesia, quiso depositar en Pedro y en sus sucesores la potestad de abrir y cerrar las puertas de este reino, de perdonar y de detener, de atar y de desatar. Quiso autorizarlos para que impusieran á los pecadores las penas correspondientes á sus culpas, ya alejándoles los sacramentos ya sujetándoles á largas penitencias, ya tambien separándoles, si fuese necesario, de entre los otros fieles, porque la Iglesia á nadie ata ni puede atar por medio de la culpa, sino con castigos que sirvan de remedio ó de preservativo contra las culpas con que sus malos hijos se atan. Admirable declaracion por cierto de la potestad eclesiástica sobre la Iglesia militante significada con el nombre de reino de los cielos. Con estas llaves se abre el reino eterno que cerró el pecado, y se cierran las puertas del infierno que este abrió.

De esta potestad tan excelsa y encumbrada, que es una emanacion de la de Dios, no puede usar nadie contra la intencion de Jesucristo que la da ni de la Iglesia á quien la da. San Pablo llama á esta potestad el ministerio de la reconciliacion; por esto san Pedro y todos sus sucesores tuvieron, tienen y tendrán todo el poder necesario para formar, guiar, extender y gobernar su Iglesia por los medios que él mismo empleó en establecerla, fundarla y adquirirla con el precio de su sangre. Esta promesa que Cristo hizo á san Pedro, se cumplió á su tiempo con exactitud igual á la energia de las expresiones en que se concibió, cuando Pedro, jefe ya del colegio apostólico, después de la muerte y ascencion de su divino Maestro, vino á ser el padre de los padres y el pastor de los pastores, como tambien de las ovejas todas; porque en aquella ocasion en que Pedro confesó á Jesucristo por Hijo de Dios vivo, se le prometieron, pero no se le entregaron las llaves, pues á habérselas entregado, ya no hubiera habido en él el error de la negacion, como sucedió después en el tiempo de la pasion. A este propósito dijo con mucha oportunidad el venerable Beda [1]: Las llaves entonces se

[1] Ven. Bed. in cap. 8 Marci.